



Jean-Étienne Liotard, pastelista franco-suizo

Escenas domésticas y retratos encantadores



"El desayuno de la familia Lavergne" (1752), óleo sobre tela. National Gallery, Londres.



"L'écriture" (1752), Kunsthistorisches Museum, pastel sobre papel. Viena.

Emergiendo, desde una combinación de matices apastelados, se presentan netos, hoy como ayer, desayunos y escribanías del siglo XVIII pertenecientes al acervo cultural de Jean-Étienne Liotard. Puede comprenderse mejor sus escenas domésticas, si se toma nota de su personal gusto artístico y de su origen familiar. En efecto, Liotard buscó la verosimilitud y precisión naturalista que se halla en la pintura de interiores holandesa del siglo XVII, que admiró y coleccionó. A esa fórmula agregó la sensualidad del rococó francés, de tonos ameren-gados y sedosos, y el interés por la elegancia y la moda, característico del alma francesa en el Siglo de las Luces. Y es que, habiendo nacido en Ginebra, Sui-

za, descendía de una familia de hugonotes franceses refugiados en ese país, lo que explica sus viajes a Lyon, donde en 1754 trabajó al pastel *El desayuno de la familia Lavergne* (comprado en 1755 por Lord Duncannon, el mecenas más importante de Liotard), y cuya versión al óleo presentamos acá, realizada 20 años después en Londres y actualmente en exhibición en la National Gallery.

Bajo la luz matutina, la sobrina de Liotard, con su vestido "a la francesa", ha servido chocolate -por aquel entonces, bebida exótica de élites- y leche a una niña que luce una cabellera gris empolvada y sus rizos envueltos en papel. Destaca el brillo de la luz sobre la chocolatera de plata con mango de peral torneado y

las piezas de porcelana al estilo japonés *Imari* (probablemente copias de la fábrica de Chantilly).

En la época en que Madame de Pompadour brindaba su apoyo a los enciclopedistas franceses, las actividades intelectuales, como leer y escribir, eran de las más importantes tanto para hombres como mujeres, lo que impulsó el diseño de nuevos muebles. En la *L'écriture*, Liotard hace eco de estas aficiones, bañando con luz natural los distintos objetos del escritorio, como el tintero, la barra de lacre para el sello de cartas y la campana, a la vez que establece un contrapunto de luz cálida de vela, contenida tras la mano del niño, quien mira con suspicacia el cuadernillo. En este tipo de



"La bella chocolatera" (1745), pastel sobre pergamino. Gemäldegalerie Alte Meister, Dresde.

escenas cotidianas y pulcras, se ha verificado un punto de coincidencia con las pinturas de género de Jean Baptiste Siméon Chardin, pintor del rococó francés, a quien se sabe Liotard conoció.

Otro buen ejemplo, en esta línea de sencillos y sublimes pasajes de la vida doméstica, corresponde al pastel sobre pergamino *La bella chocolatera*, realizado mientras Liotard permaneció en Viena, probablemente su obra más famosa. En ella demostró su genialidad en el manejo de los "crayones", dando la justa textura y rugosidad a las distintas telas del vestido y la cofia, y creando la ilusión de realidad no solo de un vaso de agua, sino de la presencia misma de la retratada, quien proyecta su sombra leve sobre la pared.

Sin embargo, es en el género del retrato donde este eximio pastelista del rococó (que conocía la obra de Rosalba Carriera y de Maurice Quentin de La Tour) alcanzó la cima de popularidad a lo largo del continente europeo. De vocación cosmopo-



"Jorge III" (1754), pastel sobre pergamino. Royal Collection, Reino Unido.

lita, viajó a Roma y retrató al papa Clemente XII, luego se radicó cuatro años en Estambul, donde pintó las costumbres y adoptó el atuendo típico, lo que le valió el apodo de "pintor turco". Posteriormente tuvo una estancia prolongada en Viena al servicio de la casa real austríaca (inmortalizando a la emperatriz María Teresa), y con cierta habitualidad circulaba por Francia y Londres, lugares donde retrató a Luis XV y su hija María Adelaida, y a los príncipes de Gales. Un dato revelador sobre su alta cotización es que, a mediados del siglo XVIII en Londres, una cabeza al pastel de Liotard costaba más que un retrato de cuerpo entero al óleo realizado por Joshua Reynolds.

Liotard consigue la presencia anímica del futuro rey de Gran Bretaña e Irlanda, en *Jorge III*. Con peluca empolvada y mirada llana, este joven príncipe desconoce que durante su reinado se perderían las colonias americanas y que padecería desequilibrios psiquiátricos. Formado en el arte de la miniatura, Jean-Étienne exhibe la trama del brocado plata del abrigo, así como las tonalidades de la piel iluminada.



"Retrato de Maria Frederike van Reede-Athlone a los siete años" (1755-56), pastel sobre vitela. Museo J. Paul Getty, Los Angeles, California.

Durante el siglo XVIII se produjo el salto cualitativo definitivo hacia la consideración del individuo y su carácter, incluidos los niños. En el aspecto físico, la belleza se daba en parte por la suavidad de los rasgos, la piel blanca y las mejillas rosadas (signo de salud), pero también empieza a valorarse "el atractivo" (término que en esa época fue incorporado al vocabulario español) y atributos tradicionales del rococó, como la gracia y el encanto, todo lo cual podemos ver reflejado en el *Retrato de María Frederike van Reede-Athlone* a los siete años, ejecutado por Liotard en Holanda. Esta niña, hija de la baronesa van Reede, aparece con capa de terciopelo con bordes de armiño, en un sofisticado azul. Su mascota no se queda en elegancia y luce un vistoso broche.

Quién mejor para definir su estilo que el propio Liotard. En 1781, en su *Tratado sobre los principios y normas de la pintura*, lo hace con las siguientes palabras: "el dibujo debe ser limpio sin ser seco; firme, sin ser rígido ni duro; fluido sin ser fofo; delicado y sincero sin ser amanerado".